

www.alfaguara.santillana.es  
Empieza a leer... El don de la vida

**FERNANDO VALLEJO**

**EL DON DE  
LA VIDA**

ALFAGUARA  


—¿Quién tiene la verga más grande en este bar de maricas? —pregunté al entrar todo borracho y me trajeron a un muchacho.

¿De diecisiete años? ¿De dieciocho? ¿De diecinueve? Ya no me acuerdo. De más no porque no me gustaban de más entonces, ahora es otra cosa. Pero como no estamos hablando de ahora sino de entonces... Sigamos entonces con lo de entonces. Me lo llevé a mi apartamento, a unas cuabras de allí.

¿Y dónde era allí? ¿En la Calle Veinte o en la Veintiuno? ¿Con la Carrera Cuarta o con la Quinta? Por esos lados, en el sucio centro de Bogotá mugrosa. Era un apartamento frío y desolado, con dos camas por todo mobiliario: en una dormía mi hermano Darío con su amiguito de turno; en la otra yo con mi hermano Silvio que al sentirme llegar, semidormido, se corrió hacia el borde para dejarnos a los importunos el resto de la cama y de la noche y volvió a su sueño.

Atropelladamente le fui quitando la ropa mientras él me iba quitando la mía y nos besábamos: la camisa, los zapatos, las medias, los pantalones... Cuando le quité los calzoncillos se levantaba hacia ti, Padre Eterno, inabarcable en la boca, en las manos y en el alma y a una cuarta del ombligo, el aparato sexual más grande que haya parido en sus putos días la puta tierra. O mejor dicho Colombia, que fue la que lo parió. ¡Có-

mo no te voy a querer, mamacita! Y a tus soldaditos de pelo rapado en cepillo que por años me levanté en tu Terraza Pasteur de tu Carrera Séptima. Ingrato sería.

Les ahorro la descripción del aparato en cuestión. Básteles saber que mi ardiente compatriota, engendrado tras una decantación genética de generaciones y generaciones por la estirpe de los burros en la vagina del trópico, era más bien afeminado y de raza mestiza como es Colombia, crisol de blancos con indios y negros y simios del que sale una abigarrada monstruoteca. Pero si esto es así en lo general, en lo particular las ciegas leyes de la herencia habían logrado en mi muchacho un prodigio. ¡Ni en el Atlas de los bereberes, al sur de Andalucía, en el jardín de Alá!

En cuanto al afeminamiento, he de decir que se sumaba al milagro, y la fiebre se me subía a la cara. Había encontrado en él al hombre de mis hombres en la mujer de mis mujeres. Hoy ese prodigio de la naturaleza estaría trabajando en España de travesti ganando millones. Pero ay, hoy no es ayer ni Colombia es España. Para Colombia, que escupe a la felicidad y me mira como a un paria, mi tesoro de esa noche era uno más entre muchos.

¿Y cuántos años tendría el paria cuando lo que cuenta? ¿Veintitrés? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? Veintitrés porque ya había regresado de Roma de estudiar cine y aún no se iba a Nueva York a lavar inodoros. No tenía con qué comer ni con qué pagar el apartamento, y poco después habría de terminar en la calle durmiendo con los mendigos y los perros. Imposible conservar al muchacho. Y así, no bien amaneció, el hijo de Príapo, señor de las burras, se vistió, salió y se

fue, con su puta verga de la puta vida del pobre paria. *Ite missa est*. Para ser marica, compadre, hay que ser rico; al pobre estas exquisiteces no le obligan.

¿Y por dónde andará hoy el muchacho, o mejor dicho el viejo? ¿Ya mi señora Muerte lo habrá acogido en su seno y mis hermanos los gusanos se habrán dado el gran festín con su aparato? Si sí, para anotarlo en mi libreta de los muertos, que va en seiscientos cincuenta y siete contando abuelos, abuelas, tíos, tías, primos, primas, hermanos, hermanas, padres, madres... Más amigos, enemigos y conocidos vistos al menos una vez, pero eso sí, en persona (no en televisión), a una distancia máxima de cuadra y media que es hasta donde me dan los ojos. ¿Y cómo anotamos al muchacho, si ni el nombre le pregunté? ¡Como sea! Por ejemplo, con una perífrasis que diga: «El muchacho ese de la cosa esa de la noche esa del bar ese de la ciudad esa». Y ya sé quién es. Y ustedes.

Darío y Silvio no necesitan presentación, ya los presenté en otros libros. En cuanto a Colombia, ¿quién no nos conoce en este vicioso planeta? Cuando hice un viaje por el sur de Europa con mi hermano Carlos (el quinto de veinte, el alcalde) nos preguntaban que de dónde éramos, por ejemplo en Skopje.

—De Medellín —contestábamos.

—¡Ah, la del cartel!

Se pasaban el índice y el pulgar por la nariz trazando en el aire una rayita y se reían. Éramos tan famosos en Skopje por la línea blanca como las pereiranas en Salónica por putas.

¿Sí se acuerda, compadre, que el otro día le conté que de joven había estudiado cine en Roma? Pues en

ese viaje que le digo volví a Roma después de veinte años de ausencia. Veinte, que se me hicieron una eternidad. Ahora bien, han pasado veintisiete desde el viaje y fíjese, es como si éste hubiera sido ayer. Se me fueron como un fósforo prendido. Moraleja: con la vejez el tiempo se echa a correr y los años se nos vuelven meses y los meses días. El niño es una piedra estulta, el viejo una pavesa que se lleva el viento. He ahí, resumido, el libro que voy a escribir para dedicárselo a usted: un tratadito sobre la vejez y sus miserias en que Cronos se enloquece y se tira al río. ¡Cuánta agua no ha arrastrado el río bajo el puente y cuánto tengo que contar! Lo que me falta es ganas... Todo se acaba, compadre. Hasta las ganas. Mire, mire ese muchachito que va cruzando el parque. ¡Qué belleza!

—¿Dónde, por Dios, que no lo veo?

—Por la estatua.

—¡Ah, pero si no es un muchachito, es un niño!

—¿Llama usted niño a uno de doce años? ¡Eso lo que es es una fiera sexual! No se me vaya a poner ahora más papista que el papa... ¿Pero dónde iba, que me perdí?

—Perdido siempre ha estado. Iba en Roma.

Ah, sí, en Roma, donde pasé año y medio estudiando cine de muchacho pero me tuve que volver a Medellín porque me mataba la nostalgia. ¿Y sabe a qué volví? ¡A extrañar a Roma! No había noche que no soñara con ella. *Con le sue marchette...* ¿Que sabe qué son? Los muchachos prostitutos que se vendían en las noches del Coliseo por moneditas: *soldi spiccioli*. ¡Qué mugrosos, pero qué bellezas! Usted habría sido feliz con ellos pagándoles centavitos. Pues bien, me

veía envuelto en las tinieblas de ese agosto matadero de cristianos, o extraviado en un dédalo de callejuelas vetustas, orinadas por el Tiempo, tratando de orientarme, de encontrarme, de salir a la plaza Navona donde vivía mi paisano Roberto Triana, el cineasta, que ya murió y que ya puse (con placer pero ¡ay! con dolor) en la libreta. Poco a poco los sueños se fueron espaciando hasta que un día, sin darme cuenta, la ciudad de los césares y de los papas, la más puta y corrupta y cínica que haya parido en su demencia la Historia, se me borró hasta del inconsciente. ¡Qué inconstancia la mía! Todo lo dejo. Dejo el puente, dejo el río, dejo el caserío. Y ahora voy de curva en curva por esta carreterita inundada que lleva (si no nos manda antes el Padre Eterno un derrumbe que nos tape en medio de estos malditos aguaceros) a nuestra finca de La Cascada donde mi padre, engendrador irredento de hijos y de ilusiones, contaba de día vacas y de noche estrellas.

—¿Qué estrellita estás mirando ahora, papi? ¿La tuya o la mía?

Esa que miras no tiene dueño. Acaba de aparecer porque acaba de explotar y es Sanduleak, una supernova de la Gran Nube de Magallanes en las afueras de la Nebulosa de la Tarántula, y cuya luz está empezando a llegar en estos momentos a la Tierra, fresquecita, hoy 23 de febrero de 1987, once de la noche hora de Colombia, después de ciento sesenta y ocho mil años de viaje, que frente a las tres horas y media que nos tardamos en venir de Medellín a La Cascada son muchos, pero frente a los quince mil millones de años que dicen que tiene esto los payasos del *Big Bang*,

muy poquito: la chispa de un fósforo marca El Rey, orgullo de la industria colombiana.

Pero volviendo a Príapo y a su eyaculación (no se nos vaya a quedar esto en veremos, en un *coitus interruptus* que tan dañinos son para el cerebro), el chorro que lanzó hasta el techo el angelito de allí se fue escurriendo, escurriendo, sobre mi hermano Silvio que dormía, embadurnándole la cabeza: amaneció el pobre con el pelo engominado como un Gardel. ¡Qué bonito se veía! ¡Y pensar que fue otro de mis amantes efímeros! Algún día le contaré, compadre, cuando tenga tiempo y ganas, y el tiro que se pegó a los veinticinco años en la cabeza y con el que se despachó de este infierno a la nada de Dios. Pero no vaya a pensar que tuve culpa en ello. No. El tiro se lo pegó él en Medellín y yo desde hacía años vivía en México. Los culpables fueron mi señor padre que lo engendró, mi señora madre que lo parió y la puta vida que lo trastornó.